



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

El dos de mayo, una puerta para Sorolla hacia la modernidad

Francisco Santana Carbonell
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Patrimonio Cultural Militar

6 de marzo de 2023

En ocasiones imagino a Clotilde acercando a Sorolla a la orilla de la playa y diciéndole al oído: «Mira Joaquín: tu mar, tu luz, tu música» y no puedo dejar de pensar en su dolor al ver que su pupila no se contraía, que sus fosas nasales no se dilataban y que su rostro no mostraba la más mínima emoción ante el sonido que producen las olas al chocar sobre la arena, con esa carencia y con ese ritmo tan especial. Esta conversación la imagino bañada por la luz, por ese elemento por el que su marido se movía como un mago, esgrimiendo los pinceles fabricados para él, casi del tamaño de un florete, que le permitían mantenerse a una distancia prudencial del contrincante a batir: un lienzo inerte al que tenía que herir una y otra vez para inocularle la vida que bullía a su alrededor. Y sería en el mar precisamente donde podía encontrar todos los retos que se le presentarían como artista. Pero ahora sus manos llevaban casi tres años inmóviles, su rostro era inexpresivo y su ropa ya no tenía el característico olor a trementina. Sus dedos, particularmente sus uñas, se verían limpias, sin manchas de carbón ni salpicaduras de óleo. Todo desprendería una limpieza quirúrgica y amorfa.

Imagino que Clotilde recordaría años atrás cuando se conocieron, cuando se enamoró de aquel joven inquieto y trabajador con el que compartía tantas emociones y proyectos, que coloreaba las fotos que hacía su padre Antonio García Peris, fotógrafo profesional, famoso en Valencia y, al poco tiempo, también su

mecenas personal. Joaquín siempre había tenido muy claro que su destino era el arte, en especial la pintura y que dado su origen humilde tenía que luchar hasta conseguirlo, para llegar a ser Sorolla con mayúsculas, no solo Joaquín, el sobrino de José Piqueres, que lo adoptó como hijo al morir sus padres cuando tenía dos años y que intentó enseñarle su oficio de cerrajero, oficio que no le gusta, lo suyo realmente era otra cosa. Joaquín se matricularía en la Escuela de Artesanos de Valencia y compartiría estudio-taller con artistas valencianos como José Vilar, los hermanos Benlliure e Ignacio Pinazo. Más tarde ingresaría en la Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Con Clotilde hablaría de todos sus proyectos e iniciativas artísticas. Seguro que el joven Sorolla le contaba lo feliz que se sentía cuando todo un gran fotógrafo como su padre le dejó un espacio en el taller para su uso personal y le incitaba a investigar lo fugaz e instantáneo de la imagen real pasada a la fotografía. Clotilde sabía lo orgulloso que se sentía su padre de él y el beneficio mutuo que supuso para ambos el trabajar juntos. También era conocedora de sus fracasos y decepciones, como cuando sus marinas pasaron inadvertidas en la Exposición Nacional de Madrid de 1881 y cuando comprendió que no encajaban con la moda oficial de este tipo de concurso, muy dado a la temática histórica y dramática. Así que optó por presentarse a otro: la Exposición Nacional de Madrid, enviando su *Dos de Mayo*, con su largo y rebuscado título oficial de *La Defensa del parque de artillería de Monteleón durante el levantamiento del dos de Mayo en Madrid*. Era el año 1884, en tiempos del llamado «turno pacífico» en el que los conservadores de Cánovas y



Sorolla, Joaquín. (1884) *El dos de mayo*. [Óleo sobre lienzo]. Museo del Prado (depósito en otra institución). Madrid

los liberales de Sagasta se turnaban el gobierno sin mayor problema. Los acontecimientos culturales de la época estaban encaminados a potenciar los valores históricos patrios, en contraposición al floreciente sentimiento regionalista e incluso independentista de algunas partes de España.

El resultado es una pintura de 400 x 580 cm., cuya primera impresión es la de una obra de cierta oscuridad para ser de Sorolla y, además –y este es un detalle importante-, está pensada exclusivamente para la Exposición Nacional. Su temática no le apasiona, pero que ya que decide realizarla aporta, en lo posible, detalles que la diferencien de otras pinturas similares. Sorolla ya ha estado en Madrid visitando el Museo del Prado y ha quedado absolutamente fascinado con Velázquez, al que considerará a partir de ese momento como un auténtico dios pagano al que rezará para que le enseñe todo lo que pueda mientras le copia. Por tanto, empleará una pincelada rápida y empastada para plasmar el aspecto oscuro y vibrante de la batalla en un ambiente luminoso, tal y como Velázquez introduce en sus modelos y donde puede apreciarse incluso la impronta del pincel.



Boceto preparatorio de la obra. Colección particular.

De este trabajo se dirá que ya no es un dibujo coloreado, sino que está pintado de forma sincera y sintética. A diferencia de otros, aportará como novedad el ejecutarla del natural y a plena luz del día en la Plaza de toros de Valencia. A él le apasiona vivir la escena en primera persona y, si es posible, en directo, para poder dibujarla, pintarla y vivirla, con la intención de representar la realidad tal y como sus ojos la ven. El joven Joaquín tampoco puede olvidar las enseñanzas y postulados de otro maestro suyo, el pintor impresionista valenciano Ignacio Pinazo, que le mentaliza para que pinte siempre «al natural, y a la luz del día», así que, al contrario de otros

pintores de temática similar, rechaza el trabajo en el estudio y reúne en torno al proyecto a un buen grupo de vecinos, amigos y familiares para que posen como modelos, usando un atrezo adecuado.

Al mismo tiempo, inicia una intensa labor de documentación sobre todos los acontecimientos que rodean a este hecho histórico, incluso la primera mancha la realiza en el propio mes de mayo, para ajustarse también en ese sentido al guion que marca la historia. Las dimensiones del cuadro son espectaculares y el tamaño de los personajes es el real, lo que le llevará a realizar un tremendo esfuerzo en su ejecución. Al margen del tema, que en el fondo será una pura anécdota para ganar, el resultado final es una escena no exenta de teatralidad, como seguro que imaginaba Joaquín que le gustaría al Jurado. También aparecen en él una serie muy repetitiva de perfiles y un mismo rostro en distintos personajes. Una composición muy impactante, como para atraer y no soltar la mirada del espectador: cadáveres por el suelo, confusión, humo (provocado en el propio escenario quemando pólvora real), un enorme caos, que seguro reinó en ese momento histórico, dando pie a una revuelta provocada por el pueblo contra las tropas del general Murat. En el encuadre todo es desorden y pasión lleno de violentos escorzos. Velarde aparece herido de muerte apoyado sobre una rueda de cañón y Daoiz es representado de pie, sable en mano y dando órdenes para organizar el gentío de toda edad y condición.



Detalle de soldado muerto. Estudio previo de un escorzo para ser incorporado a la tela principal (Museo Sorolla, inv. 21).

Con esta pintura Sorolla ganará por fin un premio importante que le catapultará hacia la fama y que, además, le dará nuevas oportunidades de trabajo y reconocimiento. Pero lo importante, Clotilde y él lo hablarían muchas veces, será que Joaquín empiece ya ser Sorolla porque toma conciencia clara de lo que será en el futuro su estilo personal en el mundo de la pintura: una pintura naturalista y alejada poco a poco de los convencionalismos del mundo académico. Llega el momento para los viajes a Roma, a París y para los primeros contactos con lo que en Europa llaman «la pintura moderna». Es el triunfo del naturalismo y del impresionismo, cuyo contacto influirá de forma decisiva en su trabajo posterior. Así pues, a partir de ese momento buscará la luz como guía y el aire como escenario, que el Mediterráneo le sirve en bandeja y ya no lo dejará porque, con esos ingredientes, su fama rebasará fronteras por toda Europa y América.

Quiero imaginar a Clotilde, después de recordar todas estas cosas y de verse protagonista en muchos de estos hechos convertidos en recuerdos, depositando un beso en la frente de Joaquín, de un Joaquín totalmente absorbido por una tal hemiplejía, pero eso sí, con el íntimo consuelo de que esa «señora» jamás, jamás, podría llevarse a Sorolla.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023